

# La cabaña del bosque

Francisco Javier Ruiz García



## Capítulo 1

Dunia pasaba los días y las noches junto a Arturo en el observatorio de la mansión, en uno de los torreones más altos y apartados del ala este. Hacía tiempo que habían visto encenderse por primera vez aquella tímida luz, perdida a lo lejos en medio del bosque, pero estaban tan ensimismados en su trabajo que durante mucho tiempo la ignoraron, y apenas le dedicaban algún comentario cuando la veían aparecer. “¿Quién vivirá allá afuera?” se decían “Siempre se enciende y se apaga a la misma hora con exactitud” Pero enseguida levantaban la vista al cielo y se perdían en sus tareas, sus mapas y cálculos. Desde allí, por las noches, escrutaban el cielo estrellado y anotaban fascinados cada una de las extrañas constelaciones que descubrían. La posición de aquellas estrellas les era completamente desconocida, y era casi imposible reconocer ninguna de las constelaciones, lo que les impedía a su vez calcular la posición geográfica de la mansión. Incluso las constelaciones que ya habían anotado descubrían que, a los pocos días, cambiaban uniéndose entre ellas y mezclándose dando lugar a formas nuevas. Centauro era la única que parecían reconocer, pero solo una vez a la semana, ya que luego se iba descomponiendo y recomponiendo, creando un dibujo diferente cada noche. Los colores de las estrellas, además, eran maravillosos: luces color esmeralda, violeta, bermellón, dorado y celeste moteaban el cielo en hermosas nubes brillantes. Pero lo que más le gustaba a Arturo, sin duda, eran las tres lunas que se veían desde el torreón. Tres enormes esferas de tono verdoso, con manchas oscuras dispersas aquí y allá, que parecían ser lo único que permanecía igual noche tras noche, inmutables, transmitiéndole una sensación de cálida tranquilidad.

Los años pasaban y ambos permanecían absortos en su trabajo. Incluso fuera del observatorio, en las horas del almuerzo o la cena, era este el único tema de conversación que sabían tener y asaltaban al resto de huéspedes con teorías, dibujos y mapas estelares, los demás ya les escuchaban aburridos.

Una de las noches en las que estaban abstraídos en sus mapas Dunia dijo algo que sorprendió a Arturo. “¿Y si fuéramos a ver qué es aquella luz allá abajo en el bosque?” Lo dijo como quien sugiere algo cotidiano, carente de importancia, sin levantar siquiera la mirada de sus apuntes, casi más para ella que para su compañero. A Arturo la idea le pareció absurda, pues según él teniendo todas aquellas maravillas en el cielo qué importaba lo demás. Aquella vez Dunia pareció convencida, sin embargo la noche siguiente volvió a sugerir “¿Y si fuéramos a ver qué es aquella luz allá abajo?”. Arturo le dijo de nuevo lo mismo, pero esta vez ella levantó la vista del libro que estaba leyendo y dijo con un brillo en la mirada “Tú puedes quedarte si quieres, pero yo voy a ir”. Él se encogió de hombros, estaba acostumbrado al carácter impulsivo de Dunia, sabía que nada la



detendría. "Hagas lo que hagas ten cuidado. No sabemos lo que hay en las profundidades del bosque. Vuelve lo antes posible" Y Dunia se marchó.

Arturo pasó el resto de la noche y del día siguiente preocupado, ya que nunca habían salido antes de la mansión. De hecho casi nadie salía y los que lo hacían era para dar algún paseo siempre cerca de la casa. Cada poco rato se acercaba a la ventana más cercana y miraba preocupado al bosque, pensando en ella. Los demás le preguntaban si se encontraba mal, pero él le quitaba hierro al asunto inventando alguna excusa. No sabía bien por qué, pero no quería que se supiera que Dunia había salido.

Al caer la tarde su compañera volvió agitada. "No lo vas a creer" le dijo "Se trata de un anciano. Un viejo barbudo y esmirriado, que no sé ni cuantos años debe tener" Arturo la escuchó sorprendido, ya que en la mansión nadie parecía envejecer y nunca habían visto por allí a ningún anciano. Dunia le contó que la luz provenía de una endeble casita de madera perdida entre los árboles y que dentro vivía un hombre de muy avanzada edad, muy delgado y con una frondosa barba gris. Pero lo más sorprendente era el interior la casa, y es que se encontraba atestada de mapas de todos los tamaños, el hombre vivía por y para ellos. Había enormes rollos de papel amarillento cogiendo polvo en las esquinas, mapas de la mansión y el bosque sobre la cama, apuntes en las estanterías, pequeños pliegues escritos a mano esparcidos por todas partes y todas las paredes estaban cubiertas de planos. Algo que llamó su atención y le produjo cierto asco fue un pequeño cilindro de cristal en uno de los estantes. Era una especie de tubo de vidrio lleno de un líquido naranja. En su interior, flotando, había algún tipo de repulsivo ser vivo, de color negro como el carbón, que se expandía y contraía levemente. Cuanto más lo miraba, menos idea tenía de qué podía ser y una sensación de agobio la embargaba. Su piel parecía viscosa y estaba recubierta de pústulas que se inflaban y encogían.

Dunia calmó a Arturo asegurándole que el viejo no se había percatado de su presencia, ya que había tomado la precaución de asomarse a las ventanas con sumo cuidado. En todo el tiempo que ella estuvo observando, el anciano no levantó la vista de los mapas más que para coger alguna pieza de fruta e ir una vez al baño.

Cuando terminó su relato, Dunia le dijo que la noche siguiente volvería a ir, Arturo se negó a acompañarla de nuevo, y así sucedió. De hecho, hasta tres veces más se aventuró en el bosque en plena noche para espiar al viejo, a sus planos, y a la rara criatura del cilindro de vidrio, la que por cierto ella aseguraba había empezado a aparecer en sus sueños dando lugar a asfixiantes pesadillas. En ninguna de las ocasiones Dunia entabló contacto con el anciano, solamente se acercaba a la cabaña y husmeaba desde fuera. El viejo parecía estar aquellos días trazando algún tipo de mapa de túneles que se extendían bajo la mansión. Cuando se lo contó,

Arturo le dijo que no había tal red de túneles, que el viejo probablemente estuviera loco y le advirtió de los riesgos de seguir haciendo aquellas extrañas excursiones nocturnas. Además, le preocupaba la aparente obsesión que Dunia había empezado a desarrollar por la criatura que el viejo mantenía cautiva. Decía que la veía en sueños, siempre en la misma pesadilla. "Aparece sobre una enorme flor anacarada" le contaba "y la devoraba poco a poco. La flor primero sangra y luego yo paso a ser la flor. La criatura mastica mi cuerpo bajo la pasiva mirada de la mujer de azul". Arturo le propuso ir a contárselo a esta última, ya que parecía conocer todos los secretos de la mansión y sus alrededores, pero Dunia se negó.

La tercera vez fue la última. Cuando Dunia llegó después de su escapada dijo con profunda tristeza "La cabaña está vacía. No hay nada, ni nadie, solo esta carta y una trampilla abierta bajo su cama". Sostenía en la mano un trozo de papel, que había sido arrancado de algún mapa sin mucho cuidado. Quedaba claro que, al contrario de lo que Dunia pensaba, el viejo sí se había percatado de su presencia y no solo eso, sino que sabía de la existencia de Arturo. En la carta les decía lo siguiente:

*"Desconozco quienes sois, pero debo pedirlos que no tratéis de seguirme por la trampilla. Aquí abajo en los túneles reina la oscuridad y sin los conocimientos adecuados os desorientaríais y moriríais en cuestión de días devorados por unos seres aberrantes salidos de Dios sabe qué pesadilla. También debo pedirlos que si otra noche divisáis una luz lejana, perdida en el bosque, no acudáis, pues los peligros de este lugar son mayores cada noche que pasa y además me molestaríais. Por favor, necesito trabajar tranquilo y la presencia de otros altera mis planes, haciéndome tener que recoger mis cosas y buscar un nuevo sitio en el que asentarme.*

*Aún así, no soy idiota y sé que movidos por la curiosidad os veréis obligados a buscarme de nuevo, así que voy a intentar contaros el por qué de mi exilio voluntario. A cambio, espero no veros más.*

*Desde hace años recorro una entramada telaraña de túneles que crece bajo la mansión. Voy tras los pasos de mi hermano, que desapareció hace mucho. Al principio, cuando llegué, no sabía dónde buscarlo, ya que el edificio era gigante y en su habitación no parecía haber ninguna pista de su paradero. Pero investigando algunos de sus libros me di cuenta de que parecía mostrar gran interés por unos túneles que había bajo el teatro. Así que decidí arriesgarme y bajar por una puerta secundaria que él mismo decía haber abierto, en un lugar recóndito de la mansión. Allí abajo todo lo que hay es podredumbre y horror. La sensación de ser observado desde las paredes es constante y en la nuca sientes el gélido aliento de la muerte a cada paso que das. Al principio el olor es muy difícil de soportar sin llegar al vómito, y con cada pequeño sonido se descubre uno a sí mismo temblando de miedo en el suelo como un niño. Cuando iba a desistir en mi búsqueda, di con los restos de un pequeño campamento improvisado. Apenas había un viejo trozo de tela sucia y restos de un*

*fuego apagado hace mucho, pero supe que aquello debía pertenecer a mi hermano, pues en sus libros decía que nadie más parecía haber dado con aquellos pasadizos.*

*Me aventuré a perderme en la oscuridad eterna de aquellas galerías infernales. Las cosas que he visto allí abajo son indescriptibles. Hay criaturas de puro mal llenas de ojos, bocas y apéndices imposibles, que reptan viscosas por las paredes, ávidas de una víctima que devorar. Hay seres gigantescos tan grandes como montañas reclusos en salas subterráneas de colosales dimensiones. También hay engendros similares a babosas, negras como el alquitrán, que dejan un reguero de ácido líquido, que si tocan la carne la pudren en cuestión de segundo. Pero lo peor de todo son aberraciones que se asemejan a uno mismo como si fuera la imagen de un espejo y que sin embargo están muertas por dentro, contienen un vacío infinito y desolador, con la capacidad de hacerte enloquecer de solo mirarlas.*

*He dado con numerosas salidas aquí abajo que dan a otros lugares del bosque, incluso más allá de este y a habitaciones de la propia mansión que desconocía por completo. Al otro lado de una de estas puertas he encontrado incluso un laboratorio abandonado, que debió ser construido hacía mucho tiempo. Aproveché para comenzar a estudiar allí a una de las criaturas aberrantes a la cual pude cortarle uno de sus apéndices, sin embargo todos mis esfuerzos fueron en vano. Descubrí antes de seguir mi camino que aquellas instalaciones científicas estaban escondidas bajo el invernadero de la mansión, al cual se accede por una escalinata y una trampilla oculta junto a uno de los depósitos de agua. Otro de los túneles da al interior de un árbol hueco y enorme, que según parece sirvió de cobijo a alguien hace no mucho. Hay una salida que da a unas viejas ruinas al sur de la mansión al pie de lo que parecen los restos de un campanario. Se trata de vestigios de una ciudad extraña y muy antigua tallada por completo en mármol. También he dado con una salida en lo alto de un acantilado dando al mar; desconozco a cuantos días o semanas se encuentra de distancia con respecto a la mansión, pero juro que desde allí arriba pude ver como una columna de humo subía desde un pequeño islote en una cala cercana, por lo que debe haber alguien viviendo allí.*

*Y sin embargo, no consigo dar con mi hermano. Su rastro sigue descendiendo por los túneles, pero llega a niveles que mi cordura ya no puede soportar y debo obligarme a mí mismo a retroceder. Aún no he perdido la esperanza. Debo disuadirlos, de nuevo, de bajar o de buscarme y espero no tener que veros más.*

*Firmado Radovan M."*

Dunia y Arturo estuvieron varios días reflexionando sobre la carta. Preguntaron a otros, pero no habían escuchado nunca hablar de ningún Radovan en la mansión. A pesar de ello el viejo aseguraba haber estado

allí viviendo un tiempo, antes de bajar a los túneles. Les maravillaba a ambos la idea de ver el mar y pensar que pudiera haber alguien viviendo tan lejos de la mansión. Pasaban los días y como supusieron la cabaña de madera nunca más volvió a iluminarse. Alguna que otra noche les parecía ver una diminuta luz parpadear en el horizonte y Dunia releía entonces la carta de Radovan. Se quedaba hasta el alba observando por la ventana aquel punto de luz, e imaginando que hermosos y extraordinarios paisajes se extenderían más allá. Aún así, nunca abandonó la mansión.